

III

CANTO PRIMERO.

INVOCACION.

I

No tú, cándida Virgen que del cielo
Tras del primer pecado descendiste;
Hija de la Inocencia, cuyo duelo
El sér te dió que póstuma adquiriste;
No tú, que un tiempo pudibundo velo
Fuiste á la humana faz pálida y triste,
Mi númen serás hoy...; porque, en resumen,
Si tal númen existe, que me emplumen.

II

Tal vez allá en el siglo de Saturno,
Del cual solo el *extracto* está vigente,
Pisó este amargo valle tu coturno;
Mas cuando Astrea huyó de entre la gente,
Pronto, ¡oh niña! entrarías en el turno;
Que, si la recta lógica no miente,
Do la justicia á declinar comienza
¡Echele usted un galgo á la vergüenza!

III

No negaré (que de imparcial blasono)
 El mérito de Porcia ni el de Árria,
 Ya las alzase de la gloria al trono
 Virtud celeste ó cívica fanfarria:
 La pudicicia en la vestal abono
 De antigua Roma ó de moderna Alcarria;
 Si bien el que rebusque cronieones
 A la regla hallará sus escepciones.

IV

Mas si la prez de incólumes doncellas
 En mas tuvieron que el mundano plaustro,
 Tal vez la fosa atroz contuvo á aquellas
 Y á estas las llaves cien de austero clarstro.
 Yo su pudor pondria en las estrellas
 Espuesto á luna y sol, Céfito y Austro;
 Mas dijo bien el otro que decia:
 "Si votos, á qué reja y celosía?"

V

Castas matronas hubo en Roma, en Grecia,
 Dignas de adoracion con mirra y casia.
 Quién ¡Oh Artemisa! tu dolor no aprecia?
 Viuda sublime, admiracion del Asia!
 Virtud, aunque tardía, hubo en Lucrecia,
 Entre tantas discípulas de Aspasia,
 Y ¡honor á ti, oh Penélope valiente,
 Fiel *cuatro lustros* al marido ausente!

VI

Mas si á este mundo pecador volviera,
 ¿Qué diria de Erifile Anfiarao?
 ¿Qué de aquella gitana zalamera
 El que á la gloria prefirió su nao?
 Diga de Troya miserá la hoguera,
 Quién la consorte fué de Menelao;
 ¡Y ahí es cosa que vale dos cominos
 Lo que hizo en Creta la mujer de Minos!

VII

Y Fedra á su entenado persiguiendo
 Digna fué de tal madre y tal maestra;
 Y la fé conyugal te recomiendo
 Que guardó al Rey de reyes Clitemnestra;
 Y las Danaides, que el puñal horrendo
 Clavaron (menos tú, fiel Hipermnestra)
 Despues del *gaudeamus* (esto es ovio)
 Cada cual en el pecho de su novio.

VIII

Mas aún quedaba de pudor un resto,
 Que al menos con el manto de la noche
 El tráfigo cubria deshonesto,
 Temeroso del público reproche:
 Todavía el estupro y el incesto
 No ostentaban su cieno en áureo coche:
 Todavía el pecar no era tan vándalo
 Que hiciese gala y pompa del escándalo.

IX

Faltabas tú, infiel cónyuge de aquel
Emperador estólido infeliz;
Tú que osaste ¡oh rubor! en un burdel
La diadema manchar de emperatriz;
Tú que de Juvenal la santa hiel
Provocaste, y augusta meretriz,
Diste á tu nombre privilegio tal,
Que es ya infame adjetivo proverbial.

X

Desde entonces la tímida modestia
Fué en la tierra el fenómeno mas raro;
Tratada fué de hipócrita y de bestia
La que al vicio decia: *Verbum caro...*!
La virtud fué ridícula molestia,
Y el insolente y cínico descaro
Se llamó gentileza y donosura,
Gracia el insulto, el crimen travesura.

XI

Cundió la peste hasta el ignaro vulgo,
Y en Lóndres ó Paris, Roma ó Sigüenza,
De pamplina se apoda ó de repulgo
De empanada ¡oh vergüenza! á la vergüenza;
Y no soy yo el primero que promulgo,
Aunque adagio tan ruin no me convenza,
Aquello de: Era verde y un borrico
Con ella regaló su torpe hocico.

XII

¿Y quién hará olvidar á los *audaces*
Lo de *fortuna juvat timidosque*...?
¿No oyes á lenguas mil decir procaces,
En la ciudad lo mismo que en el bosque:
"Gocemos que las horas son fugaces;
Do pique á cada quisque, allí se cosque,
Porque honra y pro no caben en un cesto
Y á prior nunca llega fray Modesto...?"

XIII

Por tanto, aunque te rinda por de dentro
Mi pio corazon férvido culto,
Acobardado en él lo reconcentro,
¡Almo pudor! ¿Por qué? Porque tu bulto
Tanto se esconde ya, que no lo encuentro,
Y porque temo al pueblo, que en tumulto
Lloverá sobre mí piedras y apodos,
Si solo yo peleo contra todos.

XIV

Sigo pues la corriente, y como el Diablo
Fama es que un dia en hábito francisco
Predicó con angélico vocablo
Por volver las ovejas al aprisco,
Inversa yo predicacion entablo
Erigiendo al Pecado un obelisco;
Bien que al contraste falta lo esencial;
El ser yo querubin ó cosa tal.

XV

No es dado ya como *in diebus illis*,
 Tempestar sin rebozo contra el vicio;
 Mas, sin mojar la pluma en atrabilis,
 Quizá ¡oh virtud! trabajo en tu servicio
 Si entienden los discretos el busilis
 De este poema que burlando inicio;
 Que á favor de la chanza ó la ironia,
 Sátira suele ser la apología.

XVI

Hecha esta salvedad, sus! yo pregono
 ¡Oh DESVERGUENZA! tu poder inmenso,
 Y párias rindo á tu infestado trono,
 Y á tu escualido altar tributo incienso,
 Y las sienes de pámpanos coronó,
 Y el tirso empuño, y entre el humo denso
 Del crapuloso vino y el cigarro,
 Tus gracias cuento y tus proezas narro.

XVII

Sigo pues la costumbre y como el Diablo
 Fama es que un día en hábito francisco
 Predicó con auge y voz recobla
 Por volver las orejas al apuro,
 Inventa yo predicacion entabla
 Enigando el pecado y obediencia;
 Bien que el contrasto falta lo esencial;
 En ser yo diablito ó cosa tal.

CANTO SEGUNDO.

JUSTA REPARACION.

I

¡Viva la desvergüenza omnipotente,
 Emperatriz del universo mundo!—
 Mas primero, al estímulo obediente
 Que mi conciencia aguija en lo profundo,
 Lo que dije en mi canto antecedente
 Quiero rectificar en el segundo;
 Que de consejo, dicen, muda el sabio
 Y á la mujer yo debo un desagravio.

II

“Mitad preciosa del linage humano,
 Triste mujer esclavizada al hombre,
 Que tu escudo nació, no tu tirano,
 Yo á vindicar tu mancillado nombre . . .
Et cætera.” Esto en verso castellano
 Dije años ha, y es justo que te asombre
 Ver al que tanto en tu defensa dijo
 Hoy tus flaquezas denunciar prolijo.

III

No empero á desamor y grosería
 ¡Oh mujer! mi filípica atribuyas.
 Soy tu amigo y devoto desde el día
 En que dejando trompo y aleluyas,
 Imberbe rapazuelo todavía,
 A adorar aprendí las gracias tuyas;
 Y aun las adoro y el adusto Octubre
 Mal de mi Abril perdido el fuego cubre.

IV

Mas como al hombre, tu cruel verdugo,
 Bien que suele á tus plantas hilo á hilo
 Hasta humillarte bajo el férreo yugo
 El llanto prodigar del cocodrilo,
 Responsable de su honra hacerte plugo,
 Al paso que proclama en torpe estilo
 Que eres de frágil vidrio vaso infecto
 Y animal, bello sí, pero imperfecto;

V

No en virtud de una máxima inconcusa,
 Sino la usada fórmula siguiendo,
 Te apostrofó mi rutinaria musa;
 Y si tu nombre en la apariencia ofendo,
 Cuando mi pluma cáustica te acusa
 En tí á la entera humanidad reprendo;
 O mas bien, y lo digo sin empacho,
 No á la hembra (pobrecita)...., sino al macho.

VI

Que si él es fuerte en músculos y nervios
 Y tú de tierna y delicada fibra;
 Si él dotado de instintos mas soberbios
 Sobre corcel brioso el asta vibra,
 Y si él las leyes forma y los adverbios,
 Y hace y deshace y rompe y equilibra;
 O es fuerza que confiese su impotencia,
 O á él solo ha de aplicarse la sentencia.

VII

No diré yo que á la mujer amable,
 Por quien mi musa enamorada aboga,
 De duro casco ciña y fiero sable,
 O revestida de severa toga
 Consienta que en el foro juzgue y hable,
 O que en templo cristiano ó sinagoga
 Ejerza el venerable sacerdocio.....
 Y haga con las conciencias su negocio.

VIII

Que si la fama glorias inmortales
 De Semíramis canta y de Cenobia,
 Esas bravas matronas y otras tales,
 Ya nazcan en la Asiria, ya en Segovia,
 Son paréntesis breve en los anales,
 Y los dengues y plácemes de novia
 Sientan mucho mejor á una muchacha
 Que el bonete ó la cota ó la garnacha.

IX

No sin designio pródigo natura
 (Poblado el mundo de hombres y mujeres)
 A cada sexo ha dado la estructura
 Mas apta á sus recíprocos deberes;
 Y harto funesto don es la hermosura!
 Que el hombre solo es parte en los placeres,
 Y á la mujer no arrienda la ganancia
 De la preñez y el parto y la lactancia.

X

Y es fuerza que ella contra el cielo peque
 Que le manda que crezca y multiplique,
 O mal podrá asaltar un hornabeque
 Cuando tierno mamon al seno aplique;
 Ni es razon que, cargado su jabeque,
 Cante *nos tibi semper et ubique*....,
 O la sorpresa el consabido achaque
 Haciendo centinela en el vivaque.

XI

Mas del tirano que en su pro confisca
 Golillas y bengalas y prebendas
 Tal es la avara condicion arisca,
 Que invade las cocinas y las tiendas,
 Usurpando á Gerónima y Francisea
 Hasta aquellas pacíficas haciendas
 Que propias son del femenino sexo
 Y á las cuales el fuerte es inconexo.

XII

Él cose y peina y guisa y borda y teje,
 Faenas todas á su brio estrañas;
 Ni aún puedes sin su atroz tejemanaje
 El fruto dar á luz de tus entrañas,
 Pobre mujer; ni aun logras que te deje
 El monopolio de torrar castañas;
 Y ¡oh baldon! (ya lo dije y lo reitero)
 Yo he visto hacer calceta á un granadero.

XIII

Y si á tan oprobiosa dependencia,
 Egoísta varon, tú las reduces,
 ¿Por qué niegas al menos tu indulgencia
 A la mujer que oprimes ó seduces?
 Si tuyo es el poder, tuya la ciencia,
 ¡Vive Dios que te portas y te luces
 Cuando, sin mejorarla en una tilde,
 Tú propio infamas á tu sierva humilde!

XIV

Y ¿acaso de ellas sólo es patrimonio
 La mísera flaqueza que reprendes?
 ¿Y acaso tú tambien, hombre ó demonio,
 No prostituyes tu honra, no la vendes?
 ¿No basta de tu mengua en testimonio
 Saber (y aquí no hay fábula de duendes)
 Cómo irritaste al Dios de Jericó
 Cuando á Sodoma inmunda destruyó?

XV

¡Y es á tus ojos capital delito
Que, dejando la escoba y el pespunte,
Moza ambulante esgrima su palmito,
Y el columpiado talle descoyunte,
Y hasta que alguno caiga en el garlito
Tosa cualquier cristiano transeunte,
Y aunque sea mas áspero que un oso
Le diga á media voz: "Adios, hermoso!"

XVI

Tú al menos no reniegas de quien eres,
Mujer; y el hombre insano se mutila!
Mónstruo maldito de hombres y mujeres,
Cuando sus fuerzas propias aniquila
Y renuncia al amor y á sus placeres,
Que ablandaran á un Jénjis y á un Atila,
No es austera virtud quien se lo manda,
Sino avaricia sórdida y nefanda.

XVII

Así celoso y suspicaz el turco
De su precioso harem le hace custodio;
No así el turbante le alzará bifurco
De intruso amante lúbrico episodio.
De agría, lampiña tez múltiple surco
Solo inspira desden y mueve al odio;
¿Y á quién que de odios viva, á quién asombra
El hombre que á sí propio se deshombra?

XVIII

Horror! ¿Dónde está el ave, dónde el bruto
Del Alpe frio ó de la Libia ardiente
Que así ¡Oh Naturaleza! tu estatuto
Destroce con la garra ó con el diente?
¿Cuál no se goza en el amado fruto
Que le retrata alígero ó mugiente?
¿Por qué el hombre es mas barbaro y mas fiero
Que esquivia hiena ó buitre carnicero?

XIX

¿Quién de tu vida ¡oh niño! en el proemio,
Quién, mas que Herodes exicial verdugo,
Da á tus caricias tan inicuo premio?
¿Será la madre, á quien gozosa plugo
Del propio vientre en el arcano gremio
Guardarte, y de su pecho el almo jugo
Prodigar, bien agena á tal agravio,
Con blanda risa al sitibundo labio?

XX

Rea nunca jamas será una madre
De tal depravacion, de furia tanta,
Que así su propio corazon taladre
En el hijo que engendra y amamanta:
Solo al hombre es posible que le cuadre,
Cuando insana codicia le atraganta,
Tan de piedra tener los entresijos,
Que propine tal récipe á sus hijos.—

XXI

A su egoismo atroz todo se inmola!
 Cual rebaño de ovejas ó camellos
 A vil precio en Guinea y en Angola,
 No de vosotros merca, sino de ellos,
 Nave, ya lusitana, ya española,
 La abyecta prole estúpida. Sus cuellos
 Sujeta el hombre á la servil coyunda;
 No la que llora porque fué fecunda.

XXII

¿Qué le importa, cobrado el estipendio,
 La marca de sus hijos y la argolla,
 Señal de perdurable vilipendio?
 Si así de ruin manjar llena la olla,
 ¿Qué se le dá del pestilente incendio
 Con que tifo mortal se desarrolla
 En hombres que, prensados como arenques,
 Alzados ven, si chistan, los revenques?

XXIII

Y si allí bajo climas tan adustos
 Los hijos que debieron tan amarga
 Vida á padres tiránicos é injustos
 Son, como irracional bestia de carga,
 Mas desgraciados cuanto mas robustos,
 No es orillas del Caspio menos larga
 La lista de doncellas candorosas
 Mas desgraciadas cuanto mas hermosas.

XXIV

Plantel peremne es la region caucasia
 Del rijoso agareno á la lujuria
 Vírgenes de Mingrelia y de Circacia
 Que, á consentirlo Bétis, Ebro y Turia,
 Fuerais de la belleza antonomasia,
 Vosotras ¡ay dolor! cual raza espuria
 Perdeis, siervas de un déspota sombrío,
 Hasta la libertad del albedrío.

XXV

Al ménos al bozal de Mozambique
 No se veda en el índico hemisferio
 Que sus amores oiga y gratifique
 La que con él comparte el cautiverio;
 No á su libre eleccion muro ni dique
 Del amo opone el absoluto imperio;
 Y al fin si es negro y su fortuna negra,
 Tambien lo son la cónyuge y la suegra.

XXVI

Mas ¿qué dolor á tu dolor iguala,
 Espatriada, indefensa criatura,
 Que condenada en arabesca sala
 A aborrecida, insólita clausura,
 De amor forzado alumna y colegiala,
 Por premio á tu fatídica hermosura
 Ni oyes tu habla nativa ni á tu mano
 Juntas la de un amigo ó de un hermano?

XXVII

Nace tambien de la comun desgracia
 Dulce fraternidad. La suerte esquivada
 Que por diverso rumbo os lleva á Tracia
 Os une en obligada comitiva,
 Mas el hijo de Agar en su autocracia
 Aun del fraterno amor ¡sátirol os priva;
 Que si en la servidumbre sois iguales,
 De hermanas su capricho hace rivales.

XXVIII

Tiende la raspa en la mullida pluma
 Y una el café le sirve, otra la pipa,
 Otra peina su barba y la perfuma,
 Otra á agitar el viento se anticipa
 Si el calor ó algun tábano le abrumba;
 Y todas al antojo, á la chiripa
 Son en aquella impura mescolanza
 Deudoras de una efimera privanza.

XXIX

Ni apenas desarruga el ceño torvo
 En pro de la hermosura preferida,
 Como quien dice: "De entre tanto estorbo
 Hoy sola tú en mi gracia hallas guarida,
 Y cuando puedo de mi alfange corvo
 Víctima hacer tu miserable vida,
 De tu amor son mis brazos recompensa.
 Bendice ¡esclava! mi bondad inmensa."

XXX

Alguna habrá que el prepotente labio
 Mas aborrezca cuanto mas sonría,
 Y alguna que agradezca á su astrolabio
 Entre tantos de horror un fausto dia;
 Mas ora tal favor repunte agravio,
 Ora con él su vanidad se engría,
 No impune ha de gozar del privilegio;
 Que en odio la tendrá todo el colegio.

XXXI

Que, por mas que repugnen las caricias
 De importuno amador, rústico ó necio;
 Si yerto el corazon no pide albricias
 De triunfos que no anhela, harto mas recio
 Que brindarle con fiestas y delicias,
 Harto mas fiero golpe es el desprecio
 A una mujer sensible, y mas á aquella
 Que empadronada ha sido como bella.

XXXII

Por dicha el beso y el desden alternos
 Sus varias sensaciones neutralizan,
 Y á fuerza de veranos y de inviernos,
 O sus almas al fin se metalizan,
 O acaban por formar vínculos tiernos
 Las que en el noviciado se hostilizan;
 Que es muy grande el poder de la costumbre
 Y nadie muere ya de pesadumbre.

XXXIII

Gozosas cacarean las gallinas
 Con un solo marido entre la parva,
 Que tal vez galantea á las vecinas
 Despues que en su corral triunfa y escarba.
 Tal suerte os cabe, hermosas concubinas;
 Paciencia! Uno con cresta, otro con barba,
 No hay diferencia entre el sultan y el gallo;
 Y quien dice corral dice serrallo.

XXXIV

Ni es mucho que á la impúbera rapaza,
 Que aun de amor no sintió la flecha aguda
 Cuando se vió vendida en una plaza,
 Mas amable parezca y menos ruda
 Que su avarienta y detestable raza
 La que de tosca jerga la desnuda
 Y de seda la viste y de brocado
 Y con perlas guarnece su tocado.

XXXV

¿Qué portento si, mansa á quien la halaga,
 Herido del amor late su seno?
 De patria impía la memoria vaga
 ¿Sera triaca al plácido veneno?
 Si los suyos le dan tan mala paga
 Y hace Eden su prision el sarraceno,
 Y si al fin el mandato es dulce y grato,
 Qué mucho que obedezca su mandato?

XXXVI

Él de infelice sierva adocenada
 Puede hacerla sultana favorita.
 Hoy la que ayer salia de la nada
 Cuanto cumple á su gusto facilita;
 Hoy al solo fulgor de su mirada
 Tiemblan el babilon y el troglodita,
 Mientras muere quizá de hambre y cansancio
 El padre atroz que la vendió á Bizcancio

XXXVII

Ni tanto es menester para que adore
 Tarde ó temprano á su señor y amante:
 Basta que en sus entrañas atesore,
 Trasunto de papá, cándido infante
 Que crezca y se rebulla y nazca y llore,
 Y pida teta ó que el ro-ró le cante,
 Y ora su labio angélico sonría,
 Ora charle en donosa algarabía.

XXXVIII

Que no hay pasion que el ánima transporte
 Como el materno amor, ni amarga pena
 Que bálsamo tan dulce no conforte;
 Y aunque, por culpa suya ó por la agena,
 Muchas hay que aborrecen al consorte
 Con quien el sí nupcial las encadena,
 Ninguna madre en corte ni en cortijo
 Deja de amar al padre de su hijo.

XXXIX

Madre ó no madre, en tanto, la odalisea,
 Que asegurada tiene la pitanza,
 Transige con su estrella, y rie, y trisca,
 O toma el fresco en celestial holganza,
 O juega, ora al bisbis, ora á la brisca,
 O pone faltas á la que entra en danza,
 O del bajá se mofa y del eunuco
 Saboreando golosa un almendruco.

XL

Pero esto no del monstruo disminuye
 La horrible iniquidad, la torpe infamia,
 Que á la inocente niña prostituye,
 Y de ángel puro la convierte en lámia,
 Y con su propia sangre contribuye
 De un alarbe á la muelle poligamia,
 Fuego de Dios en éll, que no en la moza,
 Ni en el que la ha comprado si la goza.—

XLI

Y pues ya el pabellon de la mujer
 He defendido y puesto en su lugar;
 De ese apacible y regalado sér
 Sin el cual fuera un yermo nuestro hogar,
 Y añadiré si fuere menester
 Que cada hembra es digna de un altar;
 Rezando por mi parte el *parce mi*
 La digresion resumo y digo así:

XLII

Ya que imparcial á la mujer no loe,
 No el hombre lenguaraz la desvirtúe;
 Cuando la fama femenina roe
 Cuide de que la propia no fluctúe,
 Y de sus culpas el proceso incoe
 Antes que á Mirra ó Láis desconceptúe,
 Y saque sus trapitos á Agripina,
 Y escupa y excomulge á Mesalina.